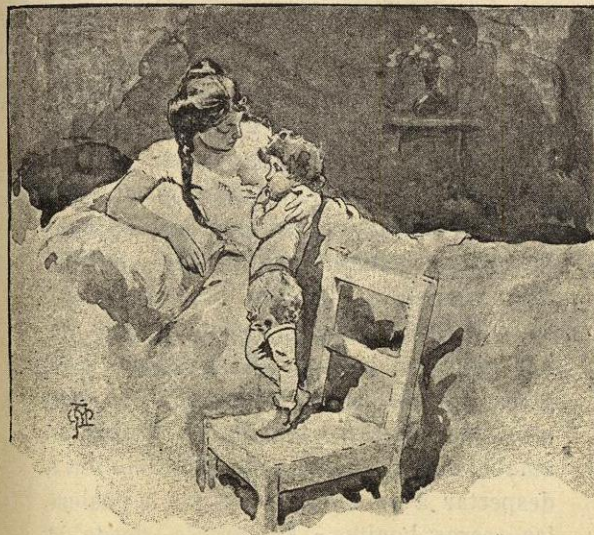


la ensayada habilidad. Y más adelante, cuando Nelo comenzaba á poseer alguna seguridad y firmeza, un cinturón, al cual se afianzaba una sogá, le enlazaba á Juan, que iba aflojando á medida que el trabajo del hermanillo se acercaba á salir bien del todo.

Ya se atrevía Nelo con el *salto mortal*, que principiaba á ejecutar lanzándose desde un punto elevado, cuya altura disminuían gradualmente hasta que lograrse realizarlo en una superficie plana.

Por lo demás, no era el hijo de la gitana de *contextura rígida*, antes heredaba de su padre y hermano aptitud singular para el salto acostumbrado, el salto con impulso ó á pies juntillas, alcanzando desde los siete ú ocho años una altura á que otros colegas suyos, más crecidos, no podían llegar. Y el viejo Bescapé, haciendo alarde de sus conocimientos enciclopédicos, adquiridos aquí y acullá, dijo un día á Estefanilla, viendo saltar á Nelo:

—¿Reparaste esto, mujer? (y le enseñaba los talones y la longitud del calcañar del niño). Pues con esto, el rapaz ha de saltar algún día lo mismo que un mono!



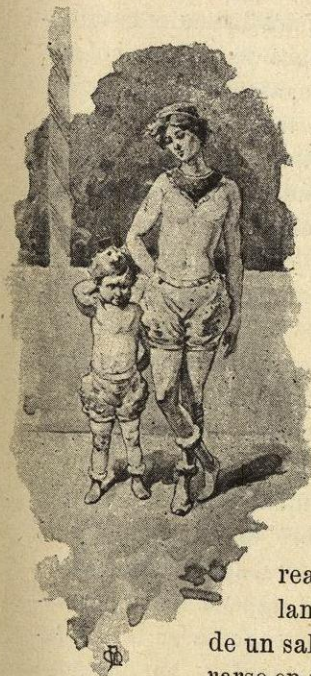
X

Al despertar Nelo cierta mañana vió colocadas sobre una silla cosas... ¡cosas deseadas, sin esperanza de obtenerlas, con que soñaba, desde hacía meses, durante toda la engañadora noche! Frotóse los ojos un momento, no creyéndose despabilado; luego,

de repente, saltó del colchón, y comenzó á cerciorarse, con dedos trémulos de placer, de la realidad de tales objetos, gayos de color, cuyas lentejuelas removía la emoción de su tacto. Había un traje de punto hecho á medida de su cuerpecillo, unos gregüescos azul celeste, todos constelados de estrellitas de plata, un par de botines minúsculos, guarnecidos de piel. El niño palpaba, daba vueltas á elástico, gregüescos y botines, y los besaba uno tras otro. De improviso tomaba en brazos su amable disfraz, y chillando de júbilo iba á despertar á su madre para que le pusiese las «cosas bonitas.» Estefanilla, desde la cama, pero casi fuera de ella, le vestía despacio, con las pausas, las detenciones, el satisfecho contemplar de las madres que prueban á su cariñito un traje nuevo, y bajo la novedad del traje descubren un niño nuevo también, para quererle un poco más. Ya disfrazado Nelo, hacía la más linda miniatura de Hércules de feria que cabe imaginarse. Venía la *Aporreada*, y divertíase en ahuecarle con una tenacilla, en los rubios cabellos que iban oscureciéndose ya, dos cuernecitos que daban al travieso

aspecto de diablillo. Vestido así el titiritero, con su elástico un tanto holgado, que hacía dos arrugas en costados y corvas, quedábase inmóvil, bajando los ojos, admirando su propia y gentil apostura, feliz y no sin ganitas de llorar, muy temeroso de echar á perder, si se movía, su atavío flamante.





XI

Las primeras veces que el saltimbanquichiquito tomaba parte en los ejercicios de la compañía, luciendo su elástico, gregüescos y botines, era realmente curioso ver lanzarse al rapazuelo de un salto en la pista, y pararse en firme repentinamente, con súbito acceso de timidez, con miedo pueril, un tanto cómico, infundido al principiante por el público que le miraba. Entonces se le veía practicar insensiblemente la

retirada hacia Juan, refugiándose contra él, muy cortado, corriendo por sus hombros estremecimientos leves, rascándose el cogote con la mano vuelta para disimular la turbación. Luego, la criatura de lengua melena, de gráciles miembros, naturalmente y como si las actitudes de las estatuas antiguas se derivasen de la gimnasia, se cruzaba de brazos, y adelantando una pierna sobre otra, descansando en el dedo grueso del pie, con el talón en el aire, parecía en su inmovilidad la estatuíta del Reposo en algún Museo.

Mas sólo un instante duraban en Nelo este sosiego y esta tranquilidad. En breve se unía á los ejercicios de los demás acróbatas, y como si trabajase formalmente, venía de continuo á limpiarse las manos en el pañuelo puesto sobre la valla; intentaba tenerse horizontalmente, agarrándose á uno de los travesaños del trapecio de su hermano, rodando casi en seguida en la montaña de arena del mástil, y hundiéndose á medias en ella; dábase á pasear sobre las palmas de las manos, á las series de saltos acostumbrados, á las torsiones en que el cuerpo parece erguirse lenta y difícilmente

sobre un espinazo partido. Estos entremeses de la representación, menudas habilidades que no siempre resultaban, ejecutábalas Nelo una y otra vez con petulancia, animación y regocijo, con placer de chiquillo que juega, con risueños ojos humedecidos de emoción, con saludos graciosos de sus redondeados bracitos, al sonar de los aplausos, todo lo cual era sumamente divertido; y apenas realizado el ejercicio, una expresión determinada, resuelta, audaz, casi heroica, se pintaba en su lindo semblante. Aun no bien terminado su trabajo, volvía á todo correr hacia Juan, buscando por premio la juguetona caricia de los dedos del mayor á la cabellera del chico: y á veces Juan, alzándole sobre la palma, cabeza abajo, sostenía el cuerpecillo oscilante y la columna vertebral, blanda aún, vueltos y en equilibrio por espacio de un segundo.



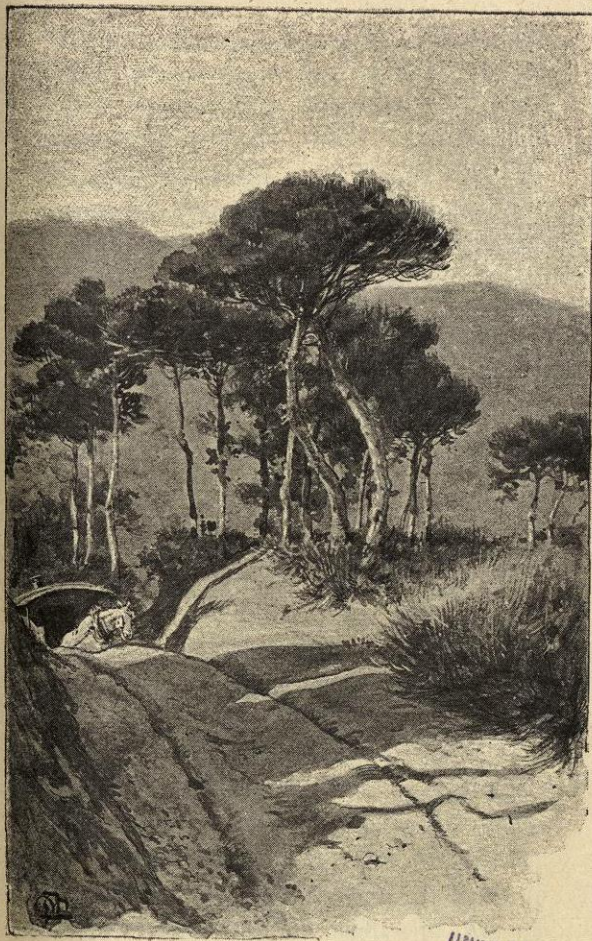


XII

Corrían los años, y perennemente recorrían á Francia las hembras y varones de la compañía, entrando sólo en lugares habitados para dar sus representaciones, y volviendo en seguida á acampar bajo el pabellón de los cielos, alrededor de sus carrioches.

Un día se encontraban en Flandes, al pie de alguna negra colina formada por las escorias y cenizas de la hulla, en algún paisaje de planicie, con dormidos riachuelos, con perspectivas que cortan por doquier altas y humeantes chimeneas de ladrillo.

Otro día, en Alsacia, entre los escombros de un castillo vetusto, asaltado y reconquistado por la naturaleza; castillo que ostentaba muros de hiedra y silvestres alelíos y flores de las que sólo florecen en las ruinas. Otro se hallaban en Normandía, bajo la gran pomarada, no lejos de un mohoso techo de granja, al borde de un arroyo que canta entre el alto césped de un pradito. Otro en Bretaña, sobre el pedregoso playazo, entre las grises rocas, con el infinito negror del Océano ante los ojos. Otro en Lorena, en la linde de un bosque, sobre un antiguo horno de carbón, oyendo sonar en torno el hacha de los leñadores en las lejanas costas, y sentados á poca distancia de la gruta de donde sale, en la noche de Navidad, la *casa grande*, dirigida por el montero de jubón de fuego. Otro en Turena, á orillas del Loira, á lo largo de una rampa, contra la cual se escalonaban alegres casitas cercadas de viñedos y jardines con espalderas, donde maduran las frutas más hermosas del mundo. Otro en el Delfinado, metidos entre pinares, contra una serrería medio oculta por la espuma del salto de agua y de las claras cascadelas por donde suben las truchas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

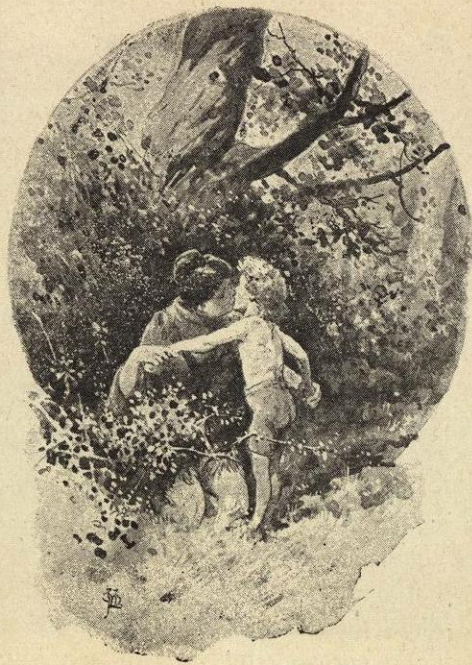
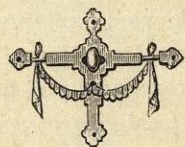
Otro en Auvernia, sobre abismos y precipicios, bajo árboles descabezados por el huracán, entre el mugir de los aquilones y el graznido de los buitres. Otro en Provenza, en el ángulo de un muro resquebrajado por el brote de enorme adelfa y surcado por los correteos de los lagartos, teniendo encima la sombra estrellada de una parra inmensa, y en el horizonte una rojiza montaña, donde se alzaba una quinta de mármol.

Ya se encontraba la compañía acostada en un camino hondo de Berry; ya detenida bajo un crucero en Anjou; ya cogiendo castañas en un soto del Limousin; ya cazando serpezuelas comestibles en un páramo de Gascuña; ya empujando los carricoches por un sendero montuoso del Franco-Condado; ya faldeando un *gave* de los Pirineos; ya caminando, en tiempo de vendimias, entre los blancos bueyes, coronados de pámpanos, del Languedoc.

Con este sempiterno viajar en todas las estaciones, á través de tanta comarca diferente, érales dado á los titiriteros ver siempre ante sí libertad y espacio, vivir siempre bajo la pura lumbre del sol, respirar siempre aire libre, aire que acaba de besar

los henos y los brezos; y á sus ojos embriagarse mañana y tarde en el espectáculo nuevo de auroras y crepúsculos; y á sus oídos penetrarse del rumor confuso de la tierra, de las suspironas armonías de las bóvedas de las selvas, de las aflautadas modulaciones de la brisa en el ondulante cañaveral; y á su sér fundirse con acre goce en la tormenta, el huracán, la tempestad, las cóleras y combates de la atmósfera; y podían comer en los matorrales, y apagar la sed en los manantiales frescos, y reposar en las altas hierbas, mientras cantaban sobre su cabeza los pájaros; y hundir el rostro en la florescencia y el balsámico aroma de las plantas silvestres, escaldadas por el fuego de medio día; y solazarse en prender un momento, en la cerrada mano, al libre animal de la llanura ó de la selva; y estar-se, según frase de Chateaubriand, boquiabiertos ante las azuladas lejanías; y divertirse en ver, al sol estival, las liebres de pie en los surcos; y conversar con la tristeza de un bosque en otoño, hollando, al cruzarlo, las secas hojas; y procurarse el muelle entorpecimiento de soñar á solas, la sorda y latente embriaguez del hombre

primitivo, en perenne y amoroso comercio con la naturaleza; y en fin, satisfacer por todos los sentidos y poros de su organismo, digámoslo así, lo que Listz llama el *sentimiento bohemio*.



XIII

Había días en que Estefanilla, aunque su hijo era crecido ya, lo tomaba de improviso en brazos, estrechándole contra su pecho, y á modo de fiera que arrebata su cachorro, corría hacia la soledad, se hundía entre la maleza de un bosque, y al verse ya cercada por completo de una valla de ramaje y tu-

pidas hojas que se cerraban, soltábalo en la hierba, anhelosa y sin aliento. Entonces, lejos del mundo, á favor del natural escondrijo, jadeando todavía, arrodillábase al lado del tendido Nelo, con ambas manos puestas en tierra y el cuerpo amorosamente recogido, como en postura maternal de bestia acurrucada; y quieta así, envolvía á su hijo en una extraña mirada que turbaba á la criatura, deseosa de comprenderla é incapaz de lograrlo. Después se exhalaba de la boca de la madre, inclinada sobre la frente de su niño pequeño, una especie de lenta y murmuradora letanía:

¡Pobre adoradito!

¡Pobre queridito!

¡Pobre corazoncito!

.....

Entre la calma y el silencio susurrante, resonaban mucho tiempo los dulces apelativos, formando como triste melopea en que lloraba un destrozado corazón. Y... vuelta á la palabra *pobre*, el vocablo que las madres y las enamoradas, en la mísera Bohemia—siempre temblando ante el porvenir de las criaturas que adoran—unen constantemente á la caricia del diminutivo.



XIV

Mucho, mucho tiempo hacía que la madre, la joven madre de Nelo iba desmejorándose. ¿Qué mal padecía? ¡Se ignoraba! Quizás fuese su dolencia la de la planta trasplantada á un territorio y bajo un cie-

lo que la condena á no envejecer. Por otra parte, la hija de Bohemia sólo se quejaba de frío, un frío en los huesos del que no podía librarse, y que hasta en verano, y bajo todos los mantones en que se envolvía, le causaba rápidos estremecimientos nerviosos. Vanamente la *Aporreada* le preparaba zumos de hierbas recogidas al borde de los caminos, asegurando que habían de calentarla; vanamente, en cada punto donde trabajaba la compañía, intentaba su marido llevarla á casa del médico: todo lo rehusaba con sorda cólera y enojo, y seguía tomando parte en las generales tareas, más pálida y con los ojos más grandes.

Llegó, sin embargo, ocasión en que le faltaron fuerzas para sentarse á su mesilla del tablado y acabar de hacer la cobranza. Otro día ya no se movió de la cama, afirmando que se levantaría al siguiente. Y ni el siguiente ni los sucesivos volvió á levantarse nunca. Quiso entonces el marido pararse en un mesón, cuidar á la enferma; pero ésta se opuso diciendo que no con la cabeza, imperiosamente, mientras con la uña del pulgar trazaba sobre el testero del carricoche, frente al sitio en que su cabeza

descansaba en la almohada, un vasto cuadrado: el diseño de una claraboya.

Desde aquel momento los ojos de la enferma, que viajaba tendida en su lecho, se distrajeron contemplando los países que atravesaba el carruaje.

Taciturna, muda, ni una palabra dirigía al pobre viejo de su marido: él se pasaba el día entero al pie de la cama, sentado sobre una maleta antigua—que fuera de un prelado romano, y donde solía guardar sus pantomimas italianas;—triste con tristeza análoga al idiotismo. Ni hablaba más la enferma con otras personas, que hasta no conseguían hacerle apartar la vista del ventanillo. Sólo la presencia del hijo menor, durante los contados minutos en que lograban reducir al niño bullicioso y egoísta á sentarse quietecito en un taburete, arrancaba á Estefanía de su contemplación eterna. Mientras él estaba presente, la madre, sin tenderle los labios ni las manos, fijaba en el niño una mirada encendida, devoradora.

Discurrían cuanto pudiera ser grato á la enferma. Le lavaban casi de dos en dos días los visillos de las ventanas, para que los tuviese saltando de limpios; cogíanle

por bosques y prados las agrestes flores predilectas, y se las ponían á la cabecera en un jarrón; la compañía, á escote, le había regalado un hermoso edredón cubierto de seda roja, de blando abrigo, y ésta fué la única cosa por la cual dió gracias, con asomos de selvática satisfacción en el mármoreo semblante.

Y seguía el vehículo corriendo tierras, con la mujer más débil cada día, siendo preciso subirle y acercarle al vidrio la cabeza, que se le desplomaba al fondo de los almohadones.

Tan mal se encontró una tarde, que el viejo Bescapé hizo desenganchar; y la compañía acampaba ya al raso, cuando la viajera, sintiendo que cesaba de trasladarse su inmóvil cuerpo, pronunciaba una palabra en su idioma natal, la lengua bohemia, diciendo por medio de un monosilabo, sibilante como un latigazo:—¡Adelante!—Y repetía la palabra á cada minuto, hasta que volvieron á enganchar.

Por espacio de varios días, que no fueron pocos, la mirada á un tiempo vaga y fija de la gitana, tenazmente vuelta hacia el testero del coche, se adhirió, salvando la aber-

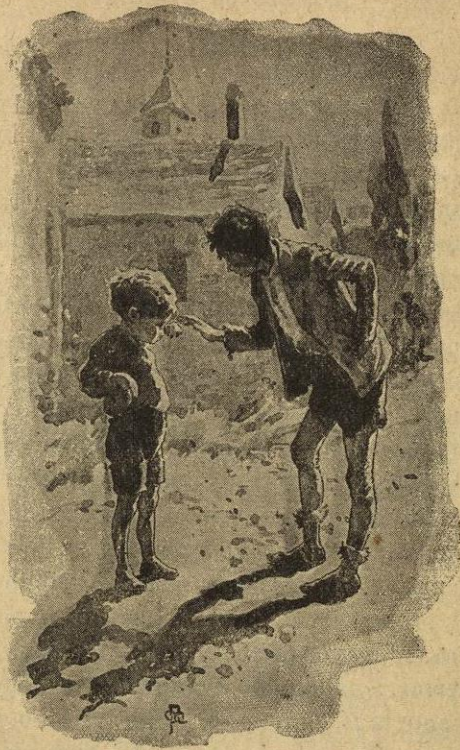
tura del ventanillo, á la naturaleza fugitiva que se quedaba atrás, perdiéndose en lontananza, confundiéndose y desapareciendo, como á saltos, en los baches de los malos caminos.

Los ojos ya velados de la moribunda no acertaban á desviarse de las llanuras infinitas, los profundos bosques, las soleadas laderas, el verde de los árboles y la corriente azul de los ríos; no, no podían sus ojos apartarse de la pura lumbre que manda á la tierra el firmamento; luz que resplandece al aire libre... pues era la gitana mujer que en cierta ocasión, llamada á declarar ante la justicia, volvió las espaldas al Cristo, y adelantándose hacia la claridad de una abierta ventana que en el tribunal había, dijo:—Entre el cielo y la tierra prometo descubrir mi corazón y declarar verdad.—Y esta luz del cielo y de la tierra la reclamaba en su agonía, hasta la última hora de su existir.

Una mañana, en Brie, cerca de una iglesia cuyas naves laterales estaban en reconstrucción, detúvose la *Caravana*. Tenía el carruaje frente á sí, á manera de telón de fondo, el papel dorado del coro antiguo que

aún permanecía en pie y brillaba al sol naciente; y encima de las cabezas de los albañiles, tostadas y salpicadas de yeso, y sobre residuos de viejos ataúdes, saltaba por los andamios, bañado en la matutina atmósfera, un cura larguirucho, con sombrero redondo rodeado de gasa, interminable y negra sotana raída en los bolsillos, cara sucia, barba de ocho días de fecha, nariz puntiaguda y claros ojos perspicaces.

Fué, sí, aquella mañana cuando, al arrancar otra vez el coche, la mirada de Estefanía se apartó repentinamente del ventanillo, y se clavó largo rato, mitad hosca, mitad conmovida, en la faz infantil de su hijo pequeño. Y sin añadir palabra, beso ni caricia, asió la manita de Nelo, púsola en la del mayor, y sus dedos, ya fríos, estrecharon las de ambos hermanos con presión que no pudo aflojar la muerte.



XV

La confianza, la adhesión, la fe que suelen inspirar á los niños sus hermanas ó hermanos mayores; la entrega del corazón por